

La Semana Santa en mi pueblo

Ignacio Manuel Altamirano



Tumba de Ignacio Manuel Altamirano en la Rotonda de las personas ilustres, Panteón Civil Ciudad de México

I

La Religión es la hada buena de la infancia, ese crepúsculo matinal de la vida. Ella encanta el cerebro y el corazón de los niños y puebla de

dulces y tiernos recuerdos el espacio azul de los primeros días. Cuando la luz meridiana de la ciencia y de la realidad hacen desvanecer en el espíritu los bellos fantasmas de la juventud soñadora, aquellos recuerdos persisten sin embargo, aquellas impresiones se fijan en la imaginación como en una negativa imborrable, y es: que la hada de la niñez no se ahuyenta, como la maga de las ilusiones juveniles, sino que permanece despierta, graciosa y risueña en el dintel que el cariño levanta en el santuario de la memoria.

Fenómeno del cerebro, o misterio de la idealidad, el hecho es que las impresiones de la niñez resisten al tiempo, a los dolores y a las convulsiones de la vida. En el espíritu del anciano se sumergen en la sombra los recuerdos de la juventud, y aun los sucesos de la edad viril, pero se alzan siempre claros y límpidos los recuerdos de la infancia, alumbrados por la luz de una aurora rosada y dulce, la aurora de los primeros años.

Expliquen, el fisiólogo o el espiritualista, el quid ignotum que produce éste, como otros muchos hechos de nuestra misteriosa existencia intelectual. Yo hago constar lo que es cierto para todos, y basta de prefacio para mi humilde

articulillo. Limítome a decir, que si esos recuerdos viven todavía en la edad senil, con más razón deben vivir en una edad, como la mía, en que se halla en plena florescencia la facultad de la Memoria que un antiguo llamaba la Custodia de todo.

II

Tixtla

Mi pueblo es Tixtla, ciudad del sur de México, que se enorgullece de haber visto nacer en su seno a aquel egregio insurgente y gran padre de la patria que se llamó Vicente Guerrero.

También se enorgullece de haber sido una de las poquísimas ciudades militares de la República que jamás pisaron ni los franceses, ni los imperiales, ni los reaccionarios; de modo que no han profanado sus muros ni las águilas de Napoleón III, ni el águila de Maximiliano, ni los pendones de Márquez y de Miramón.

Mi pobrecilla ciudad no ha resentido, pues, ni sombra de humillación, y debe, por eso, tener algún orgullo, bien legítimo, según me parece.

Este doble orgullo, en otros países daría motivo para un bello blasón. En nuestra República, al menos, debía gratificársele con una mención honorífica.

Y con todo, esa ciudad suriana, a pesar de tener una población numerosa y una situación pintoresca, es pobrísima, oscura y desconocida. En las Estadísticas apenas si se la enumera; el viejo Diccionario de Alcedo le consagra sólo un

parrafillo, y el cosmógrafo Villaseñor, cuando escribió su Teatro americano a mediados del siglo XVIII, le dedicó media columna de dos hojas en que habla de ella y de Acapulco.

Los congresos nacionales son los que la han distinguido más, dándole el nombre de ciudad Guerrero, en honor del grande hombre que nació allí.

III

La raza. La lengua. La danza hierática

Fundada, según la tradición, por una colonia azteca llevada allí por Motecuzoma Ilhuicamina, en su guerra de conquista del Sur, se compuso en un principio de familias sacerdotales que tenían la misión de difundir la religión del Imperio entre las tribus autóctonas que poblaban aquel país. Tixtlan, Chilapam y Chilpantzinco fueron los tres centros de acción en que se apoyaron los señores de México para dominar aquella montañosa y guerrera comarca, donde opinan unos que los antiguos habitantes habían llevado una vida enteramente salvaje, y en que creen otros, que se habían refugiado algunos restos de la gran familia tolteca.

Después de la conquista, algunos españoles se avocindaron en la población, los misioneros convirtieron a los habitantes al cristianismo: levantáronse pequeñas iglesias o ermitas en los lugares que habían servido de adoratorios a los indios, particularmente entre dos bosques de



Teponaxtle, aztecas hallados en Colima,
fuente: www.wikipedia.com

ahuehuetes hermosísimos en los que se construyeron el santuario de una virgen (“la virgen de la Natividad”) y el altar de una cruz (“la cruz de la alberca”) y las costumbres cristianas se mezclaron confusamente con las costumbres idólatras de la antigua religión azteca.

Sin embargo, estas últimas resistieron más que en otra parte, y era natural. Los indios en Tixtla eran descendientes de los pontífices de México y ellos mismos habían sido y seguían siendo teopixcatin, es decir los conservadores de los misterios antiguos; continuaron disfrutando de la veneración que les tributaban los pueblos comarcanos y ostentando toda la autoridad que les daba su carácter sagrado. Quizás, en nuestro tiempo mismo, guardan todavía con el riguroso secreto de las religiones proscritas algo de sus tradiciones hieráticas, en el fondo de sus prácticas cristianas que todavía no comprenden bien. Testigo de ello es la danza sagrada que aparece periódicamente durante ciertas fiestas católicas, la cual no se conserva en ninguna parte de la República y en que aparecen los

teopixcatin aztecas con el tipo, los colores, los paramentos, y las largas cabelleras de los viejos sacerdotes del templo mayor de México, bailando acompasadamente al son de un magnífico teponaxtle y entonando una especie de salmodia, cuyas palabras misteriosas y canto ronco y lúgubre acusan un origen anterior a la conquista.

Los indios contemplan esta danza con un respeto religioso que no se cuidan de disimular, y admiran la destreza singular con que uno de los juglares que acompañan a los sacerdotes juega con los pies y, tendido boca-arriba sobre una manta, un trozo de madera de forma cilíndrica, lleno de jeroglíficos y que se llama quautaltlaxqui.

Después de las fiestas, sacerdotes, juglares, teponaxtle y vestidos desaparecen, sin que nadie pueda averiguar quiénes formaron la danza, pues los danzantes se pintan de negro y se cubren con una máscara antigua.

Ni los curas, ni las autoridades españolas, ni el tiempo, ni las leyes de Reforma han sido bastantes para hacer olvidar esta danza tradicional que parece ser el hilo que perpetúa los recuerdos sacerdotales de la vieja colonia mexicana.

Hay que advertir que en Tixtla, la población de indios domina por su mayoría, por sus riquezas, por su altivez y por su inteligencia en todo género de agricultura. Este dominio es tal, que la lengua misma de los españoles fue influida al

grado de que no puede llamarse castellana allí, pues sobre cien palabras que un habitante de origen español pronuncia, cincuenta son aztecas y cincuenta españolas. En los verbos, particularmente, domina la lengua de los indios, así como en las expresiones adverbiales. Por lo demás, aquella raza pura y sacerdotal de México habla el náhuatl más castizo y más elegante que se habló jamás en el imperio de los Motecuzomas y conserva los usos y costumbres privadas de la gran Tenochtitlan, de manera que el arqueólogo que quisiera reconstruir una escena de la vida mexicana antes de la conquista, no tendría más que ir a Tixtla para tener de visu los datos necesarios.

IV

Paisaje

El caudillo azteca que fundó a Tixtla supo escoger bien el sitio para levantar la nueva población. Un valle ameno y fertilísimo abrigado por un anfiteatro de hermosas sierras cubiertas de una vegetación lozana, y de cuyas vertientes descienden cuatro arroyos de aguas cristalinas, bastantes para la irrigación de los terrenos y que van a formar al oriente de la población actual un lago pequeño, pero bellísimo. Temperatura fría en las alturas, tibia en el llano y caliente en los bajíos; vegetación gigantesca en las selvas que revisten las montañas, y sombría y tropical en los huertos que cultivan los indios con esmero; llanuras

cubiertas de maizales en el estío y de grama y de flores en la primavera, pequeñas colinas engalanadas con eterna verdura, los dos bosques sagrados de ahuehetes seculares a cuyo pie brotan las fuentes de aguas vivas; una atmósfera embalsamada y un cielo en que la luz solar se suaviza al través de una gasa de brumas: he aquí el cuadro que presenta Tixtla al que desciende a ella por la cuesta occidental en que serpentea el camino de Chilpancingo, la tierra de los Bravos.

Con un suelo tan privilegiado como éste, lo natural es que la agricultura prospere, y en efecto, los habitantes son en su mayor parte labradores. La caña de azúcar se ha cultivado en otro tiempo con más éxito del que hacía esperar el clima templado; los indios mantienen hermosas y extensas huertas en que cultivan todas las hortalizas de México y surten con ellas al Sur entero; sus jardines rivalizan por la riqueza y variedad de sus flores, con los jardines famosos de este valle. Deben añadirse a los productos de esa flora fecunda todos los árboles frutales de la zona templada, y no pocos de la zona tórrida, como los naranjos, los limoneros, los bananos, los chirimoyos, todas las zapotáceas y los mangueros importados del archipiélago de Manila, por la primera vez en el Sur y aclimatados ya en Tixtla.

El lago deja anualmente en su decrecimiento de invierno una gran parte de terreno húmedo, y allí los indios industriosos establecen

vastísimos sembrados de melones y sandías que son verdaderamente la maravilla y el encanto del tiempo de cuaresma en mi pueblo.

Así pues, en aquella tierra “las flores se suceden a las flores, y las alas del céfiro se agitan fatigadas en los jardines de Gul”, como dijera el cantor de la Novia de Abydos.

V

Las fiestas cristianas

A pesar del apego que los indios de Tixtla manifestaron al principio a las tradiciones de la religión antigua, y a pesar de que han conservado hasta hoy las costumbres íntimas de la raza azteca, una vez convertidos al cristianismo, han abrazado sus principios y aceptado sus dogmas con el ardor febril de las organizaciones sacerdotales. Al revés de lo que sucede en otros pueblos, en Tixtla, ellos son los iniciadores y los mantenedores de la fiesta religiosa y aun se consideran dueños de las iglesias, de las imágenes y de los curas. Sirven y acompañan a estos, más bien que con la sumisión servil de los neófitos y de los fieles, con la celosa vigilancia del señor, guardián del patrimonio. El cura aprende de ellos las costumbres y las prácticas y, por lo demás, nunca ha tenido necesidad de quejarse de las obvenciones. La obvención para el indio tixteco no es el tributo del siervo, sino el honorario que paga el dueño de la heredad, al trabajador que la cultiva.

Los habitantes de raza mezclada que son los más pocos y que hablan esa jerga de que he hecho mención, que pretende ser lengua española, se confunden con la mayoría indígena en las fiestas religiosas y comparten con ella los trabajos y los goces.

Las fiestas del año son varias, son muchas; pero aquí no se trata sino de la Semana Santa, de la que celebra los misterios fundamentales de la religión.

¡Cómo vuelven a la memoria del hombre los recuerdos plácidos de las impresiones del niño!

[...]

Ignacio Manuel Altamirano (Tixtla, Guerrero, México, 1834 - San Remo, Italia, 1893). Escritor, periodista, maestro y militante liberal y político, es autor de múltiples obras literarias y periodísticas. Fundó varios periódicos y revistas como: El Correo de México, El Renacimiento, El Federalista, La Tribuna y La República y se le atribuye la creación de varias instituciones educativas como el Liceo de Puebla y la Escuela Normal de Profesores de México, amén de la promoción de importantes leyes para la defensa de la educación pública gratuita, laica y obligatoria. El fragmento aquí incluido hace parte de Paisajes y leyendas, tradiciones y costumbres de México, publicada en 1884.